

## CARLOS V Y CATALUÑA

por Manuel Fernández Álvarez  
Departamento de Historia Moderna  
Universidad de Salamanca

He aquí un tema succulento, en la expresión orteguiana; un tema de gran envergadura, para un modernista. Perdón, pues, si por los límites naturales de una comunicación, me veo forzado a marcar los rasgos principales.

En todos nosotros está presente, sin duda, el juicio de aquel historiador catalán del siglo pasado, Bofarull y Sans, respecto a la *predilección* de Carlos V por Cataluña;<sup>1</sup> un juicio sustentado también por Bofarull y Brocá,<sup>2</sup> y que se ha incorporado a la historiografía reciente, como nos indicaba Juan Reglá, en un precioso estudio, con motivo del cuarto centenario de la muerte del Emperador.<sup>3</sup> Esa predilección está confirmada por las numerosas veces que Carlos V estuvo en Cataluña. En efecto, en once ocasiones, Carlos V se desplazó a las tierras catalanas, generalmente para estar aquí durante largos periodos de tiempo de varios meses, e incluso de un año; sólo en una ocasión, cuando toda-

1. BOFARULL Y SANS: *Predilección de Carlos V por los catalanes*, Barcelona, 1896; cf. P. VOLTES BOU: *Cartas del Emperador Carlos I a la ciudad de Barcelona*, Barcelona, 1958.

2. ANTONIO BOFARULL Y BROCÁ: *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*, Barcelona, 1878, vol. VII, págs. 9 a 122.

3. J. REGLÁ: «Carlos V y Barcelona» (en *Estudios Carolinos*, Barcelona, 1959, págs. 39 a 51); cf. su otro estudio: «Política de Carlos V en Cataluña» (en *Carlos V*, Granada, 1958, págs. 257-270).

vía malparado de la campaña de Provenza de 1536, en la que tanta gente suya había sucumbido (entre ellos, aquel delicado poeta, Garcilaso de la Vega), Carlos sólo se tomó unas horas para descansar siguiendo su viaje. De modo que desembarcando el 5 de diciembre de 1536 en Palamós, el 6 pernocta en Barcelona y el 7 sale para Castilla. Pero eso fue una verdadera excepción. En 1519 estuvo un año, sería su encuentro con Cataluña. Diez años después, cuando se apresta para pasar a Italia, que era su gran sueño político, para coronarse emperador en Bolonia, estaría tres meses. En 1535, con motivo de la campaña militar contra Túnez, que fue su cruzada (y la primera vez que entraría en combate), está dos meses en Barcelona, desde donde puede decirse que prepara su ofensiva contra Barbarroja; y hacia dos años, en 1533, Carlos había pasado otros tres meses en Barcelona, y más de nueve enfrascado en los problemas de la Corona de Aragón, yendo y viniendo entre Monzón (donde estaban reunidas las Cortes de la Corona aragonesa) y Barcelona. Fue otra etapa de particular valor personal para el Emperador, pues Carlos V, tras cuatro años de ausencia, volvía a encontrarse con la Emperatriz Isabel y con sus dos hijos, Felipe y María, a quienes había dejado a la corta edad de dos años y un año. No es de extrañar que Isabel le esperara en Barcelona con sus pequeños, como podría hacer cualquier madre de familia. En 1538 Carlos V va y viene por Cataluña, tan pronto afanoso de poner en orden sus fortificaciones en la frontera con Francia, ante el temor de un asalto francés, como desarrollando una intensa actividad diplomática, que permitiera la paz con Francia; y puede afirmarse que las treguas de Niza, que al fin establece con Francisco I, se fraguan en Cataluña. Más breve fue la estancia de Carlos V en 1542 (del 16 de octubre al 21 de noviembre), pero importante por ser entonces cuando Felipe fue jurado como príncipe heredero; y por otra parte, tendrían el sello de que en aquella ocasión el César promulgara sus famosas Leyes Nuevas para las Indias, verdadero monumento jurídico e hito en los logros humanitarios de la Edad Moderna. Finalmente, cuando Carlos V se ve tan apretado por sus adversarios, hasta el punto de que no sabe si saldrá con vida de la tormenta que le amaga, pasa su última estancia en Barcelona en 1543, aprestándose para su marcha al Imperio, en una de las etapas más decisivas de su vida; sería entonces cuando redactaría sus impresionantes instrucciones políticas y confidenciales a su hijo Felipe II, en que le abre los

ojos sobre todos los recovecos de la política; instrucciones que están fechadas en Palamós.

Por todo ello, cabría hablar de las mil jornadas de Carlos V en Cataluña. Y de su aprecio por Barcelona baste decir que en pocas ciudades de su enorme Imperio vivió tanto tiempo el Emperador como en la ciudad condal. Y ello hasta el punto de que en sus *Memorias* es la ciudad que más veces cita, incluso más que a Valladolid, que es la que le sigue.<sup>4</sup> De todas formas, para que el cuadro sea más completo, hay que añadir lo siguiente: Carlos era un monarca autoritario, con tendencia al absolutismo; donde podía ejercer su mandato con plena fuerza, lo hacía. Como hábil político, no forzaba generalmente las situaciones. De ahí que se mostrara más enérgico con las Cortes castellanas, doblegadas después de la acción de Villalar, y que se cargara de paciencia con las Cortes de la Corona de Aragón, y, por tanto, con los catalanes. Así aconsejaba en 1537 a su hermana María que tuviera paciencia en materias de Estado, como él la tenía con las Cortes de Aragón, «que je donne au diable».<sup>5</sup>

Dicho todo esto, pienso que nos debiéramos formular las dos preguntas básicas. La primera, en cuanto a cómo se aparecía Cataluña a Carlos V —Cataluña en la «retina imperial»—; y la segunda, la imagen de Carlos V ante los catalanes. Esto es, por un lado, qué supuso Cataluña para Carlos V, dentro de su idearium político; y por el otro, en qué medida los catalanes vivieron las empresas imperiales.

4. Cf. mi edición de *Las Memorias de Carlos V*, Madrid, 1960; reeditadas en el *Corpus Documental de Carlos V*, Salamanca, 1979, vol. IV, págs. 483 y ss. La Coruña, Burgos, Salamanca, Sevilla y Granada sólo son citadas una vez; Madrid, 5; Toledo, 6; Valladolid, 12 y Barcelona, 13.

5. V. mi estudio: *La España del Emperador Carlos V* en la *Historia de España* fundada por Menéndez Pidal y dirigida por J.M.<sup>a</sup> Jover Zamora, Madrid, 1979, vol. XX, pág. 606.

Asimismo, téngase presente que Carlos V no duda en presionar sobre las Cortes catalanas con los medios a su alcance, incluso amenazando con cortar el suministro de trigo siciliano a Barcelona, como haría en 1553 (P. VOLTES BOU: *Cartas del Emperador Carlos I...*, op. cit., pág. 27); amenaza que no es de creer que formulara en serio, dado que por entonces tenía a su mujer y a sus dos hijos Felipe y María en la Ciudad condal.

De todas formas, tampoco se puede olvidar que de los 6 Virreyes nombrados por Carlos V en Cataluña, sólo el primero (Pedro Fernández de Cardona, 1521-1523), sería

En cuanto a lo primero, parece muy claro que Carlos V, en la primera etapa de su praxis política, que gira alrededor del Mediterráneo, y en la que campean sus afanes de Cruzada frente al Turco (una etapa que dura más de la mitad de su reinado, pues se prolonga hasta 1541), ve y considera a Cataluña como una pieza básica; más aún, como si se encontrara el continuador de las grandes hazañas de sus antepasados catalanes por las aguas del Mediterráneo occidental y oriental.

Sobre la segunda cuestión —cómo vivieron los catalanes las empresas carolinas—, podría decirse que no pocos sintieron el orgullo de verse inmersos en una política imperial, que salvaba así los antagonismos suscitados entre las dos Coronas de Aragón y de Castilla. Y de ello darían testimonio muy pronto, como cuando los concellers de Barcelona contestaron a Carlos V, felicitándole por su coronación imperial en Aquisgrán en 1520. En esa respuesta, los concellers sugieren al Emperador nada menos que una cruzada contra el Turco, que le permitiera unir al Imperio occidental con el oriental, siguiendo los pasos de Carlomagno. Con lo cual

«... tornaran los temps que los antichs apellaren aurea secular y habitará lo leo ab lo anyell, segons seguí en lo temps del gran Emperador Octaviano Augusto...»

Y aún más. Recordando una antigua profecía, los concellers de la Ciudad condal esperaban que tal empresa había de acometerla Carlos V desde Barcelona.<sup>6</sup> Y a ese espíritu responde la ciudad y toda Cataluña, cuando Carlos V prepara en Barcelona la gran ofensiva contra Barroja. «Era tanta la gente noble y común —nos cuenta el cronista Sandoval— que no cabían en la ciudad ni se podía andar por las calles; unos que venían a ver aquella hermosa armada; otros, que querían ir con ella».<sup>7</sup> En qué medida influyó sobre el ánimo de los catalanes, y

---

catalán. Tal hecho parece harto significativo (cf. el estudio cit de J. REGLÁ: «Política de Carlos V en Cataluña», pág. 259).

6. «... Y que de aquesta ciutat partirá lo gran stol ab les enseyes de la Santísima Creu per reparació de la Casa Sancta de Jerusalem y terra de promisió, segons en alguna antigua scriptura es legit.» (Carta de los concellers a Carlos V, Barcelona 28 de Noviembre de 1520; inserta en el est. cit. de J. REGLÁ, pág. 42.)

7. PRUDENCIO DE SANDOVAL: *Crónica de Carlos V*, ed. Carlos Seco Serrano, II, pág. 492.

más concretamente sobre el de los barceloneses el hecho de haber sido testigos de la grandeza imperial, en jornadas como la de tenerle en Barcelona cuando es elegido Emperador, o la del arribo al puerto de las naves imperiales que tenían prisionero nada menos que al rey de Francia, Francisco I, sería algo a tener en cuenta. Lo cierto es que Barcelona tuvo ocasión de demostrar su devoción al Emperador, cuando en 1533 la Emperatriz, residente entonces en la ciudad, estuvo a las puertas de la muerte; las rogativas, las procesiones y los extremos a que llegaron con aquel motivo los barceloneses, conforme a las creencias del tiempo, parecen demostrarlo sobradamente.<sup>8</sup> Y, sin duda, antes lo habían hecho al negarse a apoyar a los comuneros de Castilla.<sup>7</sup>

Y en cuanto al papel que Carlos V asignaba a Cataluña, dentro de sus planes imperiales, puede captarse muy bien en sus textos y en sus hechos. En sus textos, y particularmente en sus discursos pronunciados ante las Cortes, en los que, aunque se tenga en cuenta la parte que corresponde al halago a una institución tan independiente como lo eran las Cortes de la Corona de Aragón, también se percibe cuánto valoraba Carlos a Cataluña, tanto por sus condiciones, como por ser más fuerte catapulta para arrojarle hacia las empresas mediterráneas. Son unos documentos del mayor valor, que conocemos gracias a un discípulo de Menéndez y Pelayo, Francisco de Laiglesia, autor de uno de esos valiosos libros de nuestra historiografía nacional de principios de siglo, menos conocidos de lo que debieran.<sup>10</sup>

Bofarull y Brocá, en su erudita obra ya citada (*Historia crítica, civil y eclesiástica de Cataluña*), recoge los momentos más significativos de la aportación catalana a las empresas imperiales, incluyendo al final una relación de las cantidades tributadas por el Principado al César. Bofarull señala lo que había supuesto para Cataluña la pérdida de la capitalidad, bajo el reinado de los Reyes Católicos, pero observa cómo Carlos fija su residencia en Barcelona con más asiduidad «pareciendo co-

8. P. VOLTES BOU: *Cartas del Emperador Carlos I*; op. cit., pág. 28 y ss.

9. *Ibidem.* pág. 19.

10. Los discursos de Carlos V a las Cortes de la Corona de Aragón —los llamados discursos de la Corona, publicados por F. LAIGLESIA: *Estudios históricos*, Madrid, 1919, 3 vols.; vol. 1, págs. 435. Curiosamente estos discursos carolinos han pasado desapercibidos para no pocos modernistas, pese a su importancia.

mo si este extremo de la Península le conviniese más para sus cálculos que cualquier otro, y aun la misma Corte». <sup>11</sup> La razón era clara: Carlos, profundamente interesado en el dominio de Italia, encontraba en Cataluña la base natural para conseguirlo, tal como había ocurrido con sus antepasados de la Corona de Aragón. <sup>12</sup> Y lo cierto es que la empresa de Túnez, una de las más felices logradas por Carlos V, en Barcelona se montó y se organizó, juntándose aquí cerca de 250 embarcaciones, entre galeras, carracas, galeones, carabelas, bergantines y escorchapines. «Calcúlese pues, —comenta Bofarull— ¿qué puerto sería el de Barcelona que tan gran número de embarcaciones de gran porte acogía en sus aguas, y la facilidad de su aproximación a la playa; qué atarazana y arsenal el suyo, donde con tanta facilidad y rapidez se construían tan numerosas galeras de gran calibre; qué ciudad la que sin agobio podía proporcionar cómodo y digno hospedaje, prueba cierta de la existencia de sus muchos palacios y ricas viviendas para tantísimos potentados...?». <sup>13</sup> Prosigue Bofarull su largo elogio de Barcelona, en aquella ocasión dentro del Imperio carolino y motor de su empresa mediterránea. Pero que no se trataba simplemente de los elogios naturales de quien ama a su tierra, se echa de ver en la proclama que lanza Carlos antes de partir de Madrid:

«Considerando la importancia desta empresa... —dice en ella el Emperador—, he determinado de ir a la ciudad de Barcelona, así para acabar e expedir y poner en orden la dicha armada, como para darle favor y esforzarla y estar más cerca y poder mejor mirar, proveer y hacer desde allí... lo que convinieren...» <sup>14</sup>

Hay algo que considero que se debe resaltar: y es la renovada actividad marinera de Barcelona bajo el impulso de Carlos V. Cuando el Emperador entra por primera vez en la ciudad, durante aquella su larga estancia de 1519, sintió vergüenza de que diversas fustas de piratas norteafricanos se atreviesen a amenazar Barcelona, sin que el puerto hu-

11. BOFARULL Y BROCA, *op. cit.*, VII, pág. 10.

12. *Ibidem*, pág. 11.

13. BOFARULL Y BROCA, *op. cit.*, VII, pág. 71.

14. V. mi estudio cit. «La España del Emperador Carlos V» en *Historia de España*, fundada por Ramón Menéndez y Pidal y dirigida por José M.<sup>a</sup> Jover Zamora, Madrid, 1979, 2.<sup>a</sup> ed., vol. XX, pág. 582.

biera galeras con que poder rechazarlas; aquello Carlos lo sintió como una afrenta. Tal sabemos por el veraz cronista Alonso de Santa Cruz:

«... estando el Rey en esta ciudad (de Barcelona) aparecieron en la playa de ella doce fustas de moros que traían por capitán a un turco llamado Halimecen, de *que Su alteza recibió mucho enojo y no pequeña afrenta en ver que no hubiese en la dicha playa ningunas fustas ni galeras para salir contra los moros...*»<sup>15</sup>

Pues bien, cuando diez años después Carlos regresa a Barcelona y está en ella tres meses, haciendo sus preparativos para pasar a Italia, convoca Cortes catalanas en la ciudad condal y ante ellas puede proclamar, con orgullo, el renacido ímpetu marineró de la ciudad:

«... Hemos preferido en este caso —dice en su discurso ante las Cortes— venir a embarcarnos, y a hacer armar gran parte de nuestras galeras, construidas en la presente ciudad y Principado...»

Y añade satisfecho:

«... y holgándonos mucho de pensar en el fruto que notoriamente reporta al Principado y condados de estas cosas; *porque sólo a la fama, de dichas galeras* —atención a este párrafo final— *ya no se atreven los moros ni otros corsarios a correr y saltar costas como solían y los navíos navegan seguramente, como veis...*»<sup>16</sup>

En el mismo discurso Carlos señala que algunos le habían aconsejado embarcar en Cartagena, pero que él había preferido hacerlo en Barcelona, por lo bien que el Principado le había servido en las Cortes de Monzón de 1528; aparte del inevitable cumplimiento hacia quienes se les iba a pedir un servicio —la comparación entre Cartagena y Barcelona era inadecuada en función de tantas cosas, como el alojamiento de la Corte, el apresto de tan gruesa armada como la imperial, y la misma facilidad de la navegación hacia Génova—, lo cierto es que aquel volcarse de Carlos V en el Mediterráneo occidental, durante la primera etapa

15. ALONSO DE SANTA CRUZ: *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. Blázquez y Beltrán, Madrid, 1920, I, pág. 200; cf. P. de Sandoval, que sigue casi al pie de la letra a Santa Cruz (*Crónica del Emperador Carlos V*, ed. Carlos Seco, I, pág. 146.)

16. Discurso de Carlos V ante las Cortes catalanas de 1529. Recogido por F. LAIGLESIA: *Estudios históricos*, Madrid, págs. 484 y 485.

de su reinado, había vivificado a Cataluña, y más concretamente a Barcelona, cuyas atarazanas, como apuntó Juan Reglá, no dejaban de trabajar.<sup>17</sup> También cabría recordar la eficaz lucha contra el bandolerismo, que impone Carlos V a sus Virreyes en Cataluña, como pudo demostrar Juan Reglá.<sup>18</sup>

Pero quizá lo más importante del legado carolino es cómo veía el tema de Cataluña y el tema de España. En sus instrucciones a Felipe II de 1543 tiene buen cuidado de advertirle que debía gobernar de modo distinto en la Corona de Aragón que en la de Castilla:

«Os aviso —le dice— que es necesario que en ello seais muy sobre aviso, porque más presto podríades errar en esta gobernación que en la Castilla...»<sup>19</sup>

Ahora bien, en la retina imperial, las dos coronas de Castilla y Aragón formaban un conjunto político. Eran «las coronas de España», y así lo señala en un documento tan solemne como su Testamento.<sup>20</sup>

Pues, amigos míos, Carlos V era todo un estadista. Sabía perfectamente que el Estado que regía tenía pluralidad de formas, y que no se podía gobernar igual a catalanes que a castellanos, como no se podía hacer de igual modo a napolitanos que a milaneses. Y diría más: diría que tuvo la inteligencia de captar la grandeza de Cataluña y hacerla suya. Por eso, justamente, la Cataluña de entonces le admiró, como la Cataluña de hoy recuerda con todo respeto aquella grandeza imperial.

Grandeza, sí, porque un político es grande en la medida en que sabe comprender y servir a su pueblo.

No podría terminar este breve apunte sobre Carlos V y Cataluña sin recoger la referencia de su interés por la Universidad de Barcelona, que ahora nos acoge. En efecto, como es sabido, la ciudad decidió en 1536 construir un nuevo edificio que albergase al Estudio General. Un año más tarde las obras continuaban y no sin dificultades por los inevitables acosos económicos. Estando al tanto de todo ello Carlos V, que

17. JUAN REGLÁ: «Carlos V y Barcelona», est. cit., pág. 45.

18. JUAN REGLÁ: «Política de Carlos V en Cataluña», est. cit. pág. 261 y ss.

19. Instrucciones personales de Carlos V a Felipe II, Palamós, 4 de mayo de 1543 (*Corpus documental de Carlos V*, Salamanca, 1975, II, pág. 97).

20. V. mi ed. del *Testamento de Carlos V* (Madrid, Editora Nacional, 1982, págs. XXVII y 23).

por entonces se hallaba en las Cortes generales de Monzón, ordena a su embajador en Roma, marqués de Aguilar, que apoyara la petición de ayuda que el Estudio hacía al Papa.

«... Por ser cosa tan necesaria a la República, mayormente a la gente pobre, que no tiene forma de estudiar...»<sup>27</sup>

Así, pues, vemos también a Carlos V vinculado a la Universidad. Aquel hombre del Renacimiento no podía estar ajeno a las cuestiones universitarias.

Por ello, y por tantas otras razones, en este I Congreso sobre Cataluña en la Edad Moderna, hemos creído que no podía estar ausente el recuerdo del Emperador y sus afanes por Cataluña. Y al traerle aquí, permitidme que os traiga también el homenaje y el saludo cordial de mi vieja Universidad de Salamanca, que me dio acogida hace cerca de veinte años, y en cuyo sosiego he podido ultimar mis estudios carolinos.

21. Cit. por REGLÁ, art. cit., pág. 50.